

Un nuevo actor externo: formación, independencia y consolidación de Estados Unidos

Franceses, holandeses e ingleses en Norteamérica

La colonización francesa de Canadá se inició en 1534 con la expedición de Jacques Cartier, quien penetró el territorio por el río San Lorenzo. Durante el siglo XVI los franceses realizaron expediciones ocasionales a Canadá, principalmente con el fin de obtener pieles que les vendían los indígenas. En 1603 se inició la colonización del territorio, bajo la dirección de Samuel de Champlain, agente de compañías traficantes en pieles, quien organizó y coordinó las primeras factorías y poblaciones permanentes de Francia en el norte del Nuevo Mundo. Champlain fundó el pueblo de Quebec en 1608, y durante las décadas subsiguientes penetró y exploró el interior del país. Bajo el gobierno del cardenal Richelieu, Francia estimuló la colonización de Canadá y la institucionalizó bajo el mando de la Compañía de Nueva Francia. Esta fue sustituida en 1664 por la Compañía Francesa de las Indias Occidentales. Quedó así Canadá bajo la dirección de esta compañía en lo económico y lo político, mientras al mismo tiempo se establecía en el país un gobierno eclesiástico dirigido por misioneros. En 1672 la autoridad suprema sobre la colonia fue puesta en manos de un gobernador de la Nueva Francia, nombrado por la corona.

A diferencia de lo que ocurrió más al Sur en las colonias inglesas, el Canadá francés fue regido en forma centralista y autoritaria. Sus indígenas fueron mejor tratados que los de Angloamérica: los misioneros y los funcionarios reales los protegían de atropellos y abusos. Además, en comparación con el gran número de ingleses que emigraron hacia las zonas situadas más al Sur, pocos franceses se establecieron definitivamente en Canadá con sus familias y practicaron la agricultura. Los indios canadienses no fueron despojados de sus tierras y expulsados hacia el Oeste, como sucedió en Angloamérica, sino que en general vivieron en simbiosis económica con los colonizadores, quienes les compraban las pieles, producto de su caza, a cambio de herramientas y otros artículos manufacturados europeos.

Debido a su menor poblamiento europeo, la parte francesa de Norteamérica estuvo en desventaja política y militar frente a las colonias inglesas, cada vez más densamente ocupadas por migrantes decididos a no retornar al Viejo Mundo.

Holanda desempeñó un papel modesto en la colonización de Norteamérica. En 1611 una expedición neerlandesa arribó a la desembocadura del río Hudson y desembarcó en la isla de Manhattan, adquiriendo posteriormente la propiedad de la misma por compra a los indios algonquinos. Fundaron allí la población de Nueva Amsterdam, concebida como factoría comercial y base para futuras expediciones hacia el interior del continente. En 1623 la Nueva Holanda (provincia regida desde Nueva Amsterdam) fue institucionalizada como una de las provincias de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales. Bajo el gobierno de Peter

Stuyvesant la provincia creció y prosperó. Pero en 1664 Nueva Amsterdam fue invadida y ocupada por los ingleses, quienes cambiaron su nombre por el de Nueva York. La cesión de la zona a Inglaterra se hizo definitiva diez años después. De este modo, los holandeses quedaron excluidos del continente norteamericano.

Desde el comienzo de la colonización británica en América del Norte, Inglaterra y Francia se vieron envueltos en una serie de conflictos, tanto en ese continente como en el resto del mundo. Cada una de las grandes guerras europeas de los siglos XVII y XVIII —en las cuales las coronas británica y francesa estuvieron regularmente enfrentadas— tuvo su repercusión en Norteamérica. Los colonos franceses de Canadá y los súbditos británicos de la Nueva Inglaterra o Nueva York chocaron violentamente cada vez que sus respectivos soberanos se declaraban la guerra. Inicialmente, las batallas libradas entre los colonos de las dos naciones no eran más que extensiones de conflictos de raíz europea, pero muy pronto comenzaron a surgir enfrentamientos autóctonos en la tierra norteamericana.

Franceses e ingleses se disputaron la posesión de tierras fronterizas entre Canadá y las trece colonias inglesas. Agricultores angloamericanos penetraban en territorios que los franceses consideraban suyos, y cazadores de pieles francoamericanos invadían los predios británicos. Otro motivo de pugna lo constituían los actos belicosos de los indios en la región fronteriza. De manera general, los indígenas se sentían mejor tratados por los franceses que por los ingleses, y en las luchas entre los dos países tendían a aliarse con los primeros. El carácter paternalista de la colonización francesa, con sus normas para la protección del indio y la labor humanista de los misioneros católicos (sobre todo jesuitas), atrajo a la mayor parte de las tribus algonquinas e iroquesas al bando del rey de Francia. No sólo en tiempos de guerra anglo-francesa, sino a veces también en períodos de paz entre las dos naciones, bandas indias cruzaban la frontera canadiense hacia el Sur y mataban a colonos angloamericanos. Los ingleses, a su vez, no vacilaban en aliarse con ciertas tribus —durante algún tiempo con las “seis naciones” de la Confederación Iroquesa— y azuzarlas contra los franceses de Canadá. Les suministraban armas a los salvajes guerreros y les pagaban una prima por cada cuero cabelludo arrancado a un francés.

La primera guerra que involucró a los ingleses y a los franceses de Norteamérica fue la de la Liga de Augsburgo (1689-1697). La segunda fue la Guerra de la Sucesión Española (1701-1713). Los colonos angloamericanos denominaron esos conflictos por los nombres de sus monarcas reinantes en los lapsos respectivos: “Guerra del Rey Guillermo” y “Guerra de la Reina Ana”. La paz de Ryswick, de 1697, dejó intactas las fronteras existentes entre Canadá y Angloamérica. En cambio, la Paz de Utrecht, de 1713, consagró una victoria inglesa. Por dicho tratado, la Bahía de Hudson, Terranova y Nueva Escocia, fueron separadas del Canadá francés y cedidas a los ingleses.

Anglo y francoamericanos se enfrentaron de nuevo en la “Guerra del Rey Jorge” (Guerra de la Sucesión Austríaca). Ese conflicto se inició entre Prusia y Austria en 1740, y lo continuaron con su intervención Inglaterra y Francia en 1744. Durante cuatro años, hasta 1748, norteamericanos de origen inglés y francés, así como los indios algonquinos e iroqueses, pelearon ferozmente.

En 1754 estalló un nuevo conflicto entre los colonos ingleses y franceses. Se trataba de la “Guerra de los Franceses e Indios”, que comenzó por razones locales pero luego se confundió con la Guerra de Siete Años (1756-1763). Por el Tratado

de París, de 1763, Francia perdió todo Canadá, de manera que los dominios británicos en Norteamérica se extendieron enormemente.

El proceso de independencia norteamericano: causas y características. Norteamérica y la América Latina

Tanto la independencia de Estados Unidos como la de los países latinoamericanos se debió a que las respectivas metrópolis dominantes vulneraban los derechos y las aspiraciones económicas de los colonos. En el caso de Angloamérica, la potencia colonial pretendió levantar impuestos inconsultos que chocaban contra los intereses de la burguesía comercial de Nueva Inglaterra y de los agricultores del Sur y del medio oeste. En América Latina, los efectos económicos del colonialismo eran aún mayores y más negativos: la política mercantilista y monopolista de las metrópolis impedía el desarrollo de manufacturas nacionales y obligaba a los productores de renglones agrícolas y mineros, así como a los comerciantes, a tratar con el mundo exterior a través de un intermediario único y dominante. En ambos casos, la dependencia política constituía un obstáculo al desarrollo autónomo que aspiraban encabezar.

En el plano político, en ambos casos las fuerzas sociales dinámicas de las colonias se sentían descontentas por falta de participación, relativa o absoluta, en las decisiones que afectaban su vida y la de sus países. El grado de opresión política a que estaban sometidos era muy distinto en las dos Américas, pero el hecho fundamental de la desigualdad entre autoridades metropolitanas y locales caracterizó ambos casos. En América del Norte existían gobiernos locales y regionales con autonomía y prerrogativas considerables. En Iberoamérica, el principio del gobierno representativo se manifestó en los cabildos o ayuntamientos municipales en forma imperfecta y subordinada. Pero en ambos casos los electores —encabezados en el Norte por la burguesía y en el Sur por la aristocracia terrateniente— se sintieron humillados porque su voluntad podía ser desconocida en todo momento por los órganos superiores impuestos por la metrópoli.

El desarrollo del sentimiento nacional es otro factor que influyó en ambos procesos de liberación. Los descendientes de españoles, portugueses e ingleses —separados de sus países de origen, nacidos y formados bajo otros cielos, sobre otras tierras, desarrollando peculiaridades de idioma y de cultura—, quedaron predisuestos a la rebelión independentista, a partir del momento en que los factores económicos y políticos arriba detallados comenzaron a actuar sobre ellos.

Por último, una ideología revolucionaria recorría el mundo, e incendió con su chispa el estallido independentista tanto en Norteamérica como en la América Latina. Fue la ideología del liberalismo, del racionalismo y de la democracia, propia de la burguesía en ascenso y en lucha contra la nobleza feudal y la monarquía absoluta. Adam Smith fue su padre en el ámbito de la ciencia económica; y Montesquieu, John Locke, Diderot, los Enciclopedistas, Voltaire y Jean Jacques Rousseau, sus progenitores en el campo de la filosofía política. Los ensayos y panfletos de aquellos subversivos de entonces cruzaron los océanos y, abierta o clandestinamente, llegaron a las manos de los militantes políticos de las clases inconformes de América.

En resumen, hubo motivos generales similares pero bajo condiciones distintas. En un caso, una sociedad burguesa y liberal en rebelión contra una opresión colonial relativamente suave. En el otro, el levantamiento de una sociedad mucho más sojuzgada, dirigido por aristócratas que acogieron la ideología universal de la burguesía revolucionaria y la usaron para expresar e interpretar su lucha por la liberación política nacional.

La guerra de independencia norteamericana y la diplomacia de Franklin

Después de su victoria sobre Francia en 1763, la Gran Bretaña se tornó arrogante en extremo. Dueña de océanos y continentes lejanos, se sintió con poder para tratar imperiosamente a los pueblos, comenzando por sus propios súbditos coloniales. El rey Jorge III, hombre bondadoso pero torpe y neurótico, se rodeó de ministros conservadores que representaban los intereses de la aristocracia y de la alta burguesía inglesa y despreciaban a las clases populares. Trataron de frenar el avance constitucional hacia un mayor poder para el parlamento y menores prerrogativas reales, haciendo énfasis en el poder de la corona y tomando iniciativas no consultadas con los cuerpos deliberantes.

A partir de 1770 la corona inglesa comenzó a imponer nuevos tipos de tributación a los norteamericanos tratando, al mismo tiempo, de disminuir el poder de las legislaturas de las trece colonias y de fortalecer a sus gobernadores. Los norteamericanos, encabezados por los comerciantes yanquis de Nueva Inglaterra, reaccionaron con ira contra la violación del viejo principio constitucional inglés: "No taxation without representation" (nada de tributación sin representación). La Ley de Estampillas, que gravaba las transacciones comerciales, fue rechazada en forma tumultosa y rebelde por los habitantes de las trece colonias. El gobierno del rey Jorge anuló esa Ley pero en seguida dictó otra serie de leyes: las "Intolerable Acts", que provocaron nuevas protestas vehementes. El impuesto sobre el té (*Tea Act*) impulsó a los ciudadanos de Boston a ocupar los barcos cargados de té y arrojar la mercancía al mar, en lugar de pagar el tributo correspondiente.

Hacia comienzos de 1775 la tensión era extremadamente fuerte, y el gobierno real envió una expedición militar a Norteamérica para someter a la población insumisa. Pero los sectores liberales y rebeldes de las colonias, dirigidos por intelectuales estudiosos de *El Contrato Social* y otras obras subversivas, estuvieron vigilantes, y cuando los barcos de guerra ingleses aparecieron frente a la costa de Massachusetts, cundió la alarma. En el pueblo de Lexington, en la mañana del 20 de abril de 1775, se dio el primer combate entre milicias populares yanquis y los soldados del rey Jorge. Pocas semanas después, las trece colonias estaban alzadas y empuñaban las armas. Inicialmente, se trató de una lucha civil entre ingleses. Los colonos rebeldes —que gozaban de la simpatía de la oposición liberal en la misma Inglaterra— no tuvieron, con excepción de una reducida minoría radical, la intención de declararse independientes de la Gran Bretaña. En las colonias mismas, el sector conservador de la población apoyó la causa del rey y ayudó al ejército a combatir a los insurrectos.

La utilización por parte del gobierno inglés de mercenarios alemanes contra los colonos parece haber sido el principal factor que impulsó a éstos a la declaración de

independencia. Se sintieron rechazados definitivamente por su rey, quien mandaba a tropas extranjeras contra ellos. El bando nacionalista dejó de ser una minoría reducida para convertirse en la tendencia mayoritaria entre los liberales. El 4 de julio de 1776 el Congreso Continental, representativo de los liberales de las trece colonias, declaró la independencia de Estados Unidos en un documento solemne y heroico, redactado por Tomás Jefferson, demócrata radical de formación francocanadiana. Aun así, la mayoría de la población norteamericana se mantuvo al margen de la lucha, en posición más o menos pasiva, y el sector conservador (*tory*) colaboró activamente con los ingleses. Como otras guerras de liberación nacional, ésta fue obra de una minoría combatiente, respaldada parcialmente por una mayoría que poco a poco se fue inclinando hacia la causa de la independencia.

Al comprender que necesitaba apoyo militar, diplomático y financiero contra el poderoso imperio inglés, el Congreso Continental encomendó al viejo Benjamin Franklin la tarea de convencer a Francia para que ayudara a los rebeldes. Los patriotas norteamericanos se basaron en la idea de que "el enemigo de mi enemigo puede ser mi amigo". Francia era adversaria de Inglaterra, no había olvidado la dolorosa derrota de 1763 y buscaba la ocasión para vengarse. Sin embargo, el régimen de Francia era absolutista, enemigo de las corrientes democráticas y liberales que amenazaban su propia seguridad y existencia, porque ya las ideas subversivas se manifestaban fuertemente en el seno de la intelectualidad, la burguesía y hasta en algunos sectores de la aristocracia francesa. La misión de Franklin consistió en tratar de acentuar los sentimientos antibríticos del gobierno francés y neutralizar aquellos sectores influyentes de París, en cuyo ánimo el conservatismo predominaba sobre el deseo de golpear al arrogante Albión.

Benjamin Franklin, septuagenario lúcido y vivaz, fue el hombre más indicado para esa misión. Destacado filósofo, científico y moralista, gozaba de un altísimo prestigio en el seno de los sectores cultos de la sociedad francesa. Sobre todo los racionalistas, liberales y discípulos de Rousseau, veían en el noble anciano norteamericano la encarnación del hombre libre, natural y virtuoso, cuyos rasgos ideales había trazado el autor de *Emilio* y *El Contrato Social*. Con astucia, aprovechando todas las relaciones sociales que tenía en París desde tiempos pasados, Franklin logró fortalecer el sentimiento antiinglés y de simpatía hacia los rebeldes norteamericanos. Beaumarchais, autor de *El barbero de Sevilla*, formó una sociedad naviera cuyo propósito era abastecer de armas y provisiones a los patriotas yanquis. El marqués de Lafayette, joven aristócrata liberal e idealista, marchó a Norteamérica para ponerse al lado del general Washington en la conducción militar del ejército revolucionario. Por fin, en 1778, la diplomacia de Franklin triunfó cabalmente: el gobierno francés firmó un tratado de alianza con el gobierno de Estados Unidos y entró en guerra contra la Gran Bretaña.

Para el año siguiente, 1779, la diplomacia norteamericana en Europa, coordinada por Franklin desde París, logró que España a su vez tomara las armas contra los ingleses, en apoyo objetivo a los intereses norteamericanos. Profundamente conservador, el gobierno español se negó a pactar con los norteamericanos o a reconocerlos siquiera; consideró que se trataba de repudiables rebeldes contra una monarquía legítima. Pero Madrid se mostró de acuerdo en pactar con París, acompañando a Francia en su guerra antiinglesa, bajo la condición de que no se firmara la paz hasta tanto España reconquistara el Peñón de Gibraltar.

Por último, en 1780, también Holanda se unió a la lucha contra Inglaterra: su deseo de perjudicar a su rival marítimo lo llevó a colaborar activamente con los norteamericanos y los franceses. Ante esa coalición hostil, Inglaterra se vio impulsada, en 1782, a buscar la paz y a firmar, poco después, el Tratado de París. Por ese instrumento de 1783 Inglaterra reconoció la independencia de Estados Unidos. Los límites exactos entre Canadá y Estados Unidos serían fijados por comisiones mixtas. Norteamérica indemnizaría a los conservadores británicos que habían sufrido cárcel y maltrato y cuyas propiedades habían sido confiscadas. Inglaterra, a su vez, devolvería o restituiría las propiedades norteamericanas (incluso esclavos) que sus fuerzas habían confiscado a ciudadanos patriotas. Estas últimas dos cláusulas quedaron sin cumplirse. España quedó descontenta: no recuperó su dominio sobre Gibraltar, y su aliado francés la abandonó, obligándola a firmar precipitadamente la paz para no quedar sola frente al enemigo inglés. Ante las protestas españolas, el ministro del exterior de Francia, Vergennes, señaló que los norteamericanos habían comenzado por romper la alianza. Efectivamente, Franklin había iniciado unilateralmente las negociaciones de paz con el gobierno de Londres; este hecho no disgustó realmente a Vergennes, ya que con ello quedaba liberado de sus incómodos compromisos con el aliado español.

Política exterior de Washington, Adams, Jefferson y Madison

En 1787, Estados Unidos adoptó su Constitución —todavía vigente— y pasó así de la categoría de una confederación a la de un Estado federal. La presidencia de Jorge Washington (1789-1797) estuvo dedicada a consolidar la unión de los estados y mantener el país en paz con potencias extranjeras. Para esa época, Norteamérica era un país agrario y poco desarrollado, exportador de algodón y trigo, e importador de bienes manufacturados y de renglones agrícolas no producidos en sus propios suelos. Su balanza de pagos era deficitaria y, por encima de todo, necesitaba la paz para fortalecer su economía. Sin embargo, no todos los políticos norteamericanos estaban de acuerdo con Washington en su idea de mantener a Estados Unidos fuera de los grandes conflictos de la época. En el seno del Partido Republicano-Demócrata, dirigido por Jefferson, había una tendencia favorable a una alianza con Francia revolucionaria en su lucha con Inglaterra y las monarquías europeas tradicionales. En cambio, los federalistas de Alejandro Hamilton abogaban por la reconciliación con Gran Bretaña y la implantación de una política de imparcialidad ante los conflictos europeos.

Washington compartió sustancialmente las ideas federalistas —conservadoras en lo interno— y fue partidario de una política exterior neutralista y aislacionista. En 1796, en su mensaje de despedida, proclamó la doctrina de los dos hemisferios y del aislacionismo: así como Estados Unidos esperaba que Europa los dejara vivir en paz, ellos mismos se abstendrían de cualquier interferencia en los asuntos del Viejo Mundo. En general, Estados Unidos debería cuidarse de suscribir tratados de alianza o convenios de cualquier tipo que le atara las manos y lo comprometiera en alguna forma por un lapso prolongado. Esa doctrina constituyó el fundamento de la política exterior norteamericana hasta el siglo XX.

John Adams, quien sucedió a Washington de 1797 a 1801, continuó la misma

política y, particularmente, intentó resolver algunos de los problemas —fronterizos y de deudas— que quedaban pendientes con Gran Bretaña desde el Tratado de París.

Tomás Jefferson fue electo presidente de Estados Unidos en 1800, como candidato del Partido Republicano-Demócrata. Ese partido representaba a los agricultores y se oponía al predominio de los capitalistas de Nueva York, Filadelfia y Nueva Inglaterra. Era radicalmente democrático, amigo de la Revolución Francesa y adversario de Inglaterra. Pero pese a que había sido electo con un programa de política exterior favorable a una alianza revolucionaria con los franceses, en la práctica Jefferson se mostró prudente y no se apartó de la práctica washingtoniana de evitar alianzas exteriores comprometedoras.

Como representante de la población agrícola que paulatinamente migraba y se extendía hacia el Oeste, Jefferson tuvo mayor empeño que sus predecesores en hacer posible una eventual expansión de su país más allá del río Mississippi. También volvió sus ojos hacia el Sur y pensó en la posibilidad de adquirir las Floridas y la isla de Cuba, por compra o conquista de sus dueños españoles. En su expansionismo hacia el Sur, Jefferson estaba influido por los intereses de la oligarquía latifundista sureña, así como también por los de agricultores medianos, ávidos de tierras adicionales. En ese estadista existía una contradicción, propia de todo su partido: en conformidad con los intereses de los pequeños agricultores del Norte, fue demócrata consecuente pero, al mismo tiempo, el sector demócrata sureño, latifundista y esclavista, lo impulsó hacia un expansionismo que parecía contradecir sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad humanas.

El territorio de Luisiana, situado entre el río Mississippi y las Montañas Rocosas, había sido tomado en posesión por Francia al mismo tiempo que Canadá. En 1763, después de la derrota sufrida a manos de Inglaterra, Francia cedió Luisiana a su aliado, España, en compensación por los sacrificios hechos durante el conflicto por los Borbones de Madrid. El territorio en su mayor parte estaba inexplorado, pero su importancia estribaba en que incluía al río Mississippi y la ciudad de Nueva Orleans, gran puerto sobre el Golfo de México. Los españoles ejercieron control sobre el Mississippi y cobraron derechos de peaje, onerosos para los agricultores angloamericanos del medio oeste y del Sur, cuyos productos bajaban por vía fluvial hasta Nueva Orleans, y de allí eran embarcados con destino a Europa y las Antillas.

En 1800 Napoleón, primer cónsul de la República Francesa, concibió la idea de implantar una vasta zona de influencia de Francia en el continente americano y las Antillas. La isla de Santo Domingo o La Española sería el centro principal, y la vasta Luisiana, en caso de pasar nuevamente a manos de Francia, constituiría una base futura para la producción de cereales y otros bienes de alimentación. Por ello, el primer cónsul pidió a España la devolución de Luisiana, ofreciendo a cambio de ello la provincia de Toscana, en Italia septentrional. España se mostró dispuesta a ceder Luisiana a su dueño anterior (por lo demás, no osaba resistir a las iniciativas de su poderoso y peligroso aliado), y el convenio correspondiente fue firmado en San Ildefonso el 1° de octubre de 1800. España exigió como condición para la ratificación del convenio que Francia prometiera no ceder Luisiana a una tercera potencia. Napoleón dio esa promesa, y en 1802 Carlos IV ordenó la entrega del territorio a Francia.

Jefferson se aterró ante la idea de que la poderosa y agresiva Francia de Napoleón pudiera instalarse en el río Mississippi y en Nueva Orleans, frenara las

actividades de los angloamericanos en esa zona, y amenazara la propia seguridad de Estados Unidos. Decidió que era imprescindible para los intereses vitales de su país que se convenciese a Francia de que vendiera a Estados Unidos por lo menos la ciudad de Nueva Orleans y las zonas circundantes. Por ello, dio instrucciones a Livingston, ministro plenipotenciario en París, y a James Monroe, enviado en misión especial, para que negociaran con el gobierno francés en los términos referidos. En caso de que Napoleón se negara tercamente a vender Luisiana, Monroe debía trasladarse a Londres y negociar un tratado de alianza con Inglaterra; si Francia implantaba su amenazante presencia en Nueva Orleans, un pacto con Inglaterra sería lo único que podría salvar y proteger a Estados Unidos. En tal caso, la Doctrina Washington dejaría de ser aplicable. Los enviados norteamericanos iniciaron sus gestiones en 1803.

Inicialmente, Monroe y Livingston encontraron a Napoleón y a Talleyrand reacios a toda idea de vender parte de Luisiana. Pero a mediados de 1803, llegó a París la noticia de la desastrosa derrota sufrida por el ejército francés a manos de los patriotas haitianos dirigidos por el general Dessalines. El propio comandante de las fuerzas francesas, general Leclerc, cuñado de Napoleón, había muerto a consecuencia de la fiebre amarilla. Apenado y airado, el gran corso abandonó súbitamente el proyecto del imperio americano de Francia, y ordenó a Talleyrand que vendiese toda la vasta Luisiana a los norteamericanos por un precio equivalente a 15 millones de dólares. Monroe y Livingston habían recibido instrucciones de comprar sólo Nueva Orleans y una parte del territorio, y ofrecer una suma máxima de 10 millones de dólares pero, ante la oferta de Talleyrand, hecha en forma perentoria, para aceptar o rechazar en bloque, resolvieron aceptar. De ese modo, Estados Unidos adquirió todos los territorios inexplorados situados más allá del Mississippi, y se les abrió la exaltante perspectiva de la conquista del Oeste.

Durante el segundo mandato de Jefferson, entre 1805 y 1809, surgieron nuevos motivos de conflicto con Gran Bretaña. Ese país, en guerra contra el continente europeo dominado por Napoleón, trataba de bloquear a su enemigo. Los barcos ingleses violaban la libertad de navegación y de comercio de potencias neutrales. En más de una ocasión, realizaron inspecciones a navíos mercantes norteamericanos, confiscaron determinadas mercancías, y llegaron incluso a secuestrar marineros norteamericanos, alegando que se trataba de desertores del servicio de Su Majestad. Estos hechos causaron una intensa irritación de la opinión pública norteamericana contra Gran Bretaña. En 1806 Jefferson dictó un embargo contra toda exportación de productos norteamericanos a los países beligerantes de Europa, pero esa medida dolió más a los propios estadounidenses que a Inglaterra y Francia, y tuvo que ser abandonada al cabo de unos seis meses. Continuaron los incidentes en alta mar, creció la furia antibritánica en Estados Unidos y poco a poco los dos países se encaminaron hacia un nuevo choque bélico.

La guerra estalló en 1812, siendo el gobierno norteamericano del presidente Madison el que la declaró. Pero Estados Unidos había sobreestimado su propia fuerza. Inglaterra estaba muy bien armada y preparada después de dos décadas de lucha contra la Revolución Francesa y contra Napoleón. Fuerzas inglesas entraron desde Canadá, barrieron las defensas yanquis, ocuparon el norte de Estados Unidos y entraron en la propia capital federal, la ciudad de Washington. Norteamérica tuvo que pedir la paz y los ingleses les ofrecieron condiciones duras: un arreglo territorial

sobre la base del *uti possidetis* militar, así como la creación de un Estado indio independiente, que sirviese de zona tapón entre Canadá y Estados Unidos.

La situación de Europa, posterior al primer Tratado de París (30 de mayo de 1814), vino a salvar a Estados Unidos de una dura derrota. El nuevo reparto que siguió al fin de la Francia napoleónica despertó una serie de intrigas que comenzaron a surgir entre los circunstantes aliados de Gran Bretaña en Europa central.

La posibilidad de la guerra en Europa se hizo presente de nuevo, alternativa que se mantuvo durante buena parte del mes de diciembre de 1814. Gran Bretaña temió que se frustrara su plan de restablecimiento de la armonía en Europa y buscó una "paz blanda" con Estados Unidos. Esta se logró en la ciudad de Gante, el 24 de diciembre de 1814.

Asimismo, se decidió poner a trabajar a comisiones mixtas para fijar la frontera definitiva y completa, y arreglar otros problemas pendientes entre los dos países. En 1818 se firmó un tratado angloamericano, por el cual se trazó una línea recta desde los grandes lagos hacia el Oeste para delimitar los territorios de Canadá y Estados Unidos. La región de Oregón, en el Lejano Oeste al norte de California, quedó sometida por el momento a un dominio angloamericano. Hubo acuerdos igualmente sobre las deudas de una parte y otra, y sobre la delimitación de las zonas pesqueras.

Comienzo de la expansión hacia el Sur

Con el inicio del siglo XIX, en Estados Unidos comenzó a desarrollarse una tendencia expansionista hacia el Sur; es decir, hacia los dominios de la corona española. Esa tendencia tenía como base económico-social el latifundio esclavista de los estados sureños de Norteamérica, así como los intereses comerciales y financieros de Nueva Orleans. La oligarquía sureña era terrófaga, deseosa de extender su dominación sobre las Floridas y la isla de Cuba. Los comerciantes y empresarios navieros de Nueva Orleans buscaban mercados, productos y puertos. Elementos populares sureños, deseosos de enriquecerse por el saqueo y la ocupación de tierras conquistadas, aportaron un poderoso apoyo a la causa expansionista. A estos intereses económico-sociales se agregaban consideraciones de índole estratégica. Los comandantes de la marina norteamericana miraban la isla de Cuba como punto de gran importancia naval. Por su ubicación geográfica, la isla domina la entrada y la salida del Atlántico al Golfo de México, y por ello afecta la seguridad de la parte sur de Estados Unidos. Como portavoz del Partido Republicano-Demócrata, que en parte reflejaba los intereses y puntos de vista de los terratenientes sureños, e igualmente como responsable de la estrategia naval de Estados Unidos, el presidente Jefferson expresó la idea, en 1805, de que tarde o temprano debía tratarse de obtener el control sobre la isla de Cuba. A partir de ese momento el afán anexionista o, por lo menos, hegemónico con respecto a Cuba, sería un factor constante en la política exterior de Estados Unidos.

Aparte del deseo de los esclavistas sureños de extender su dominación a los territorios septentrionales del imperio hispánico, existía en Estados Unidos el temor de que dichos territorios pudieran caer en manos de Inglaterra o Francia, y ser utilizados como base de agresión contra la república norteamericana. En 1808,

cuando España quedó bajo el reinado de José Bonaparte, se temió que ese monarca pudiera ceder los territorios hispanoamericanos a Francia. Por otra parte, los rebeldes contra Bonaparte, apoyados por Inglaterra, podrían ver la posibilidad de traspasar algunos de los territorios españoles de América a los británicos. Una y otra eventualidad entrañaría un peligro para la seguridad de Estados Unidos. Una y otra Jefferson, en 1808, expresó su "más fuerte repugnancia" ante la idea de una transferencia de las colonias españolas a otra potencia. Al seguir la misma línea de pensamiento, el Congreso de Estados Unidos adoptó en 1811 la Resolución de No Transferencia, por la cual declaró su enfática oposición a cualquier entrega de las Florida, Cuba y México a otra potencia distinta de España. La débil dominación española no constituía para la república norteamericana ningún peligro; en cambio, la presencia de una potencia como Inglaterra en los límites meridionales de Norteamérica representaba una amenaza —o por lo menos un infranqueable obstáculo— a las aventuras expansionistas que la oligarquía de los estados del sur planeaba para el futuro.

A partir de 1810, las juntas patrióticas surgidas en los países latinoamericanos se dirigieron a Estados Unidos al mismo tiempo que a Inglaterra, con el empeño de lograr apoyo para sus aspiraciones autonomistas. Caracas, Bogotá, Buenos Aires y México fueron los primeros centros políticos hispanoamericanos en establecer contacto con Norteamérica mediante agentes especiales. La actitud de dichos agentes fue "suplicante", según Robertson. Estados Unidos no estaba en condiciones de prestar ayuda directa a los latinoamericanos en su empresa liberadora, pero sí tenían todo interés en figurar como amigos y simpatizantes de la causa latinoamericana para lograr influencia en los países insurgentes y evitar que Gran Bretaña fuese beneficiaria exclusiva de la situación. Desde 1810 la rivalidad entre Washington y Londres por la confianza de los patriotas latinoamericanos sería un factor constante.

El gobierno norteamericano envió "agentes comerciales" —cuyas verdaderas funciones eran de índole política-diplomática— a la América Latina. Robert K. Lowry, en Caracas; Joel R. Poinsett, en Buenos Aires; y otros agentes más, alentaron una orientación del movimiento independentista hacia la colaboración con Estados Unidos, y sembraron desconfianza hacia los deseos imperialistas de Gran Bretaña, encubiertos por ofrecimientos de ayuda.

A partir de 1815 Henry Clay, presidente de la Cámara de Representantes, encabezó una campaña parlamentaria y propagandística a favor del reconocimiento de los nacientes países latinoamericanos por parte del gobierno de Estados Unidos. La campaña pro reconocimiento de las colonias rebeldes gozaba de la simpatía del pueblo y fue apoyada por quienes esperaban implantar la presencia norteamericana en América Latina, así como debilitar la influencia inglesa en esa región.

Durante ese mismo período se llevó a cabo por etapas el proceso de la anexión de las Florida a Norteamérica. La compra de Luisiana no satisfacía por sí sola los deseos de los agricultores y comerciantes al sur de Estados Unidos. Las ricas tierras de la Florida eran la continuación geográfica de Luisiana hacia el Este. Por lo demás, el que las Florida estuviesen bajo el dominio de una potencia extranjera impedía que Estados Unidos controlara el Golfo de México en su totalidad; las Florida en mano de una potencia hostil sería como "una pistola que apuntara sobre Nueva Orleans". Se temía que Inglaterra, aprovechando la debilidad española y su alianza

con la causa de Fernando VII, se apoderara de las Florida y las utilizara como trampolín para atacar Estados Unidos.

Por ello Norteamérica presionó a España para que le cediera por lo menos la parte occidental de las Florida (parte ésta que, según la tesis estadounidense, estaba incluida en Luisiana), y fue vendida por Francia a la república del Norte. España rechazó esta tesis y se negó a contemplar la cesión o venta de Florida occidental. Ante esa actitud negativa, el gobierno del presidente Madison alentó una rebelión de los colonos angloamericanos establecidos en el territorio mencionado. La rebelión ocurrió en el año de 1810. Los rebeldes victoriosos proclamaron la "República de Florida Occidental" y solicitaron su anexión a los Estados Unidos de Norteamérica, solicitud que fue acogida por el Congreso norteamericano en 1812. De inmediato prosiguieron el avance norteamericano y la infiltración de sus colonos por el resto del territorio de la Florida. En 1813 una porción adicional fue puesta bajo el control del gobierno de Washington. En 1818 John Q. Adams, secretario de Estado, propuso a España que vendiera a Estados Unidos la totalidad de la Florida. El gobierno español se declaró de acuerdo bajo la condición de que Estados Unidos: a) renunciara a toda posible reclamación sobre el territorio de Texas (había dudas en relación con Texas, pues no se sabía si formaría parte de Luisiana o de México); b) se comprometiera a no reconocer la independencia de los países hispanoamericanos.

El gobierno norteamericano se declaró dispuesto a aceptar la primera de esas exigencias, pero no la segunda. Los republicanos-demócratas y las mayorías populares insistían en el reconocimiento de la independencia latinoamericana. Adams sabía que no era posible ni conveniente ofrecer a los españoles la promesa que pedían. Y, de hecho, la cuestión de la Florida fue arreglada por la fuerza.

Desde 1817 los indios seminoles, habitantes de la Florida, habían llevado a cabo ataques contra colonos angloamericanos establecidos en el territorio, y también incursiones más allá de los límites del mismo. Se sospechaba que los indios estaban en complicidad con las autoridades españolas, apoyados y dotados de armas por agentes británicos. Por ello, en 1818 la Florida española fue invadida por una fuerza expedicionaria estadounidense, al mando de Andrew Jackson, militar, político y futuro presidente. Las instrucciones oficiales dadas a Jackson lo autorizaban para perseguir y castigar a los indígenas culpables de matanzas y saqueos, y para eliminar el peligro de nuevos ataques; después de cumplir esa misión, sus tropas debían desocupar el territorio español. Pero Jackson, apoyado por los intereses expansionistas sureños, y tal vez provisto de instrucciones secretas jamás reveladas en sus pormenores, no mantuvo su acción en los límites trazados por las órdenes oficiales. Ocupó la totalidad de la Florida y apresó al gobierno español del territorio; capturó a los ingleses, los halló culpables de incitar a los indios y los ahorcó. La indignación inglesa y española fue grande; también el presidente James Monroe, quien parece haber ignorado las intenciones de Jackson, se mostró enojado. Se ordenó al impetuoso comandante que regresara de inmediato al territorio de Estados Unidos y rindiera cuenta de sus actos. Jackson viajó al Norte con aura de héroe, frenéticamente aclamado por grandes muchedumbres. Ante la presión popular y el apoyo de los sureños, el gobierno y los tribunales se abstuvieron de emprender cualquier acción punitiva contra él.

España entendió que no podía salvar del expansionismo norteamericano a

Tabla cronológica II

1497	Juan Caboto llega a Norteamérica
1500	Primeros franceses tocan en Canadá
1583-1587	Expediciones inglesas a Norteamérica
1607	Fundación de la Colonia de Virginia
1611	Holandeses llegan a Manhattan
1620	Los "Peregrinos" desembarcan en Nueva Inglaterra
1664	Los ingleses se apoderan de Nueva Amsterdam
1689-1697	"Guerra del Rey Guillermo"
1701-1713	"Guerra de la Reina Ana"
1713	Inglaterra, por el Tratado de Utrecht, recibe la Bahía de Hudson, Terranova y Nueva Escocia
1744-1748	"Guerra del Rey Jorge"
1754-1763	"Guerra de los Franceses e Indios"
1763	Tratado de París: Inglaterra recibe Canadá
1763-1775	Soberanía inglesa. Tributación onerosa e inconsulta. Protestas norteamericanas. Influencia de la ideología liberal y democrática francesa e inglesa
1775	Comienzo de la lucha independentista
1776	Declaración de independencia
1777-1778	Acción diplomática de Franklin en París
1778	Francia entra en guerra contra Inglaterra, en apoyo a Estados Unidos
1779	España entra en guerra
1780	Holanda entra en guerra
1782	Inglaterra comienza a buscar la paz
1783	Paz de París
1787	Los Estados Unidos adoptan la Constitución Federal
1789-1796	Presidencia de Jorge Washington
1796	Mensaje de despedida de Jorge Washington
1796-1801	Presidencia de John Adams
1801-1809	Presidencia de Tomas Jefferson
1800	Napoleón obtiene la devolución de Luisiana por parte de España
1801-1802	Preocupación de Jefferson por la futura presencia francesa en Luisiana
1803	Misión de Livingston y Monroe, y compra de Luisiana
1805	Observación de Jefferson sobre necesidad de adquirir Cuba
1805-1809	Dificultades de Jefferson con Inglaterra y Francia
1806	El gran "embargo"
1808	Jefferson enuncia doctrina de no transferencia
1809-1817	Presidencia de Madison
1810	Primeros contactos entre Estados Unidos y los rebeldes hispanoamericanos
1811	Resolución de No Transferencia. Envío de "agentes comerciales" norteamericanos a la América Latina
1812-1814	Guerra entre Estados Unidos e Inglaterra. Paz de Gante
1815-1822	Campaña de Henry Clay pro reconocimiento de las repúblicas latinoamericanas
1810-1813-1818	Anexión de las Floridas
1817-1825	Presidencia de James Monroe
1818	Tratado entre Estados Unidos e Inglaterra
1819	Tratado Transcontinental entre Estados Unidos y España

Texas y la Florida juntas. Para garantizar por el momento la integridad de México, incluido Texas, había que ceder la Florida a Estados Unidos. Había que renunciar a la exigencia de una promesa norteamericana formal de no reconocimiento de las colonias rebeldes, y esperar a que Estados Unidos se sintiera, pese a todo, con la obligación moral de demorar ese reconocimiento. Fue sobre la base de tales entendimientos que España aceptó firmar, el 22 de febrero de 1819, el tratado Adams-Onís o Tratado Transcontinental, cuyas cláusulas fueron las siguientes:

1. Cesión de la Florida entera a Estados Unidos.
2. Demarcación de los límites occidentales de Luisiana con California, y del Norte de California a la Costa del Pacífico, con la renuncia de España a todo derecho sobre el territorio de Oregón, situado al norte de California.
3. Reconocimiento, por parte de Estados Unidos, de la soberanía española sobre Texas.
4. Cancelación, por parte del gobierno de Estados Unidos, de las deudas españolas, cuyo monto era de cinco millones de dólares.

Las cortes españolas demoraron la ratificación pidiendo una vez más el compromiso norteamericano de no reconocer la independencia de las colonias hispanicas. Adams reiteró su oposición a una promesa formal, aunque es posible que haya aceptado dar una declaración verbal en el sentido indicado (o, por lo menos, los españoles lo entendieron así). En 1821 el Tratado Transcontinental fue ratificado por ambas potencias signatarias.

Resumen

Norteamérica fue conquistada y colonizada por franceses, holandeses e ingleses. Después de la inicial expedición de Caboto que financió la corona británica, fueron los franceses quienes tomaron la iniciativa penetrando a Canadá, desde el siglo XV en adelante, y estableciendo en ese territorio su dominación basada en puntas mercantilistas y de control estatal. Los holandeses realizaron en el siglo XVII un intento de colonización en la zona hoy representada por el estado de Nueva York, pero tuvieron que entregar ese territorio a los ingleses en 1664. Gran Bretaña, por su parte, se hizo presente a través de grupos de colonos que en diversas épocas llegaron a todo lo largo de la costa oriental del actual territorio estadounidense.

Muy pronto se desarrolló una fuerte rivalidad entre los franceses de Canadá y los ingleses de las colonias situadas más al Sur. A diferencia de los franceses, los súbditos británicos se trasladaron a América en grandes números y se asentaron en el Nuevo Mundo con ánimo de permanecer allí para siempre. El relativo liberalismo de Inglaterra permitió a sus colonos un grado de iniciativa propia mucho mayor que el otorgado a los súbditos de España, Portugal o Francia, y ese hecho les ayudó a competir exitosamente con sus rivales.

Franceses e ingleses chocaron en Norteamérica produciéndose varios conflictos sangrientos. Inicialmente, éstos no fueron más que la proyección hacia América de las guerras europeas entre los reinos inglés y francés, pero en una fase posterior fueron factores autóctonos los que contribuyeron decisivamente a fomentar esos choques.

Estados Unidos nació de una revuelta anticolonial debida en gran medida a